

BIOGRAFIA

DEL ILLMO.

SR. DON FRAY ANTONIO ALCALDE

ESCRITA

POR DISPOSICION DE LA JUNTA

QUE EL

AYUNTAMIENTO DE ESTA CAPITAL ESTABLECIÓ PARA LLEVAR A EFECTO
LAS MEDIDAS ACORDADAS EN HONOR DE AQUEL PRELADO.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

BIOGRAFIA

DEL

Sr. DON FRAY ANTONIO ALCALDE

DE

Por Disposición de la Junta

de

Alcaldes de este Cabildo para el año de 1792



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

1792



Don Fr. ANTONIO ALCALDE

[Su retrato á los 89 años 8 meses de edad.]

1701

1792

LA humanidad corresponde con su afecto á los hombres que la sirven y se sacrifican por ella. Pruébalo así la tierna veneracion con que se conserva, no solo en Jalisco, sino en la República entera, la memoria del ILLMO. SEÑOR OBISPO ALCALDE, á quien estos pueblos son deudores de tantos beneficios. No hay entre nosotros nombre mas popular que el suyo, ni historia mas generalmente conocida que la de las obras de caridad que practicó durante el tiempo que tuvo á su cargo la Diócesis de Guadalupe. Desde que la razón comienza á alumbrar el alma de nuestros niños, les referimos la historia del santo Obispo y les señalamos los edificios que construyó para refugio de los desgraciados: nuestros padres hicieron lo mismo con nosotros; sin que el tiempo haya debilitado estos recuerdos, ni amenguado los dulces sentimientos de gratitud que inspiran. Al contrario, á medida que pasan los años, mas grande aparece á los ojos de la posteridad la noble figura de tan digno Prelado. Cerca de un siglo hace ya que dejó esta tierra de miserias, para volar al seno de Dios adonde lo elevaron sus excelsas virtudes; y en tan dilatado periodo, las generaciones que se han venido sucediendo, no han tenido sino una voz para bendecirlo. El Ayuntamiento de esta capital, interpretando fielmente los deseos de la sociedad, ha decretado algunos honores póstumos al varon ilustre á quien van consagradas estas lineas; y ha dispuesto se escriba su biografía, á fin de que queden en ella consignados con la mayor puntualidad posible, sus hechos gloriosos.

Personas de bien merecida reputacion literaria, han delineado ya los rasgos principales de la vida del Señor ALCALDE. Convencidos nosotros de que no ha de ser dado á nuestra escasa capacidad pintar el cuadro que se nos ha encomendado con los vivos colores que su interesante asunto demanda, aspirábamos al

menos á presentar un conjunto de hechos que en las anteriores biografías no se hubiesen tocado. Con este fin buscamos empeñosamente los datos necesarios; pero el resultado no correspondió á estos esfuerzos sino en muy pequeña parte. Limitados, por lo mismo, á los cortos elementos de que hemos podido disponer, poco se encontrará de nuevo en los presentes apuntes, ni en cuanto á lo sustancial ni en cuanto á los pormenores.

EL ILLMO. SEÑOR DON FR. ANTONIO ALCADDE, nació en el pueblo de Cigales, inmediato á Valladolid, de España, el 16 de Marzo de 1701. Fuéron sus padres, José Alcalde é Isabel Barriga, personas pobres de bienes de fortuna, pero ricas de virtudes, de esas grandes virtudes que infundieron en el corazón de su hijo, y que mas tarde produjeron tan abundantes frutos en este suelo.

Deseando vivir en la oscuridad y en el retiro, el señor ALCALDE abrazó la vida monástica, tomando á los diez y siete años de su edad, el hábito de religioso en el convento de Santo Domingo de Valladolid. Se dedicó con grande aprovechamiento á los estudios que prescriben los Estatutos de la Orden. Profesó, y siendo ya Presbítero, sus talentos y la instrucción que habia adquirido, merecieron se le confiasen las cátedras de filosofía y teología, que desempeñó desde el año de 1727 hasta el de 1753. Haciéndose cada día mas estimable á los ojos de sus compañeros, por la puntualidad y fervor con que observaba la regla, por la eficacia é inteligencia con que se dedicaba á la enseñanza, por la dulzura de su carácter y por la pureza de sus costumbres, se le encomendó el encargo de Superior en el convento de Valladolid.

Hallábase en aquel oscuro monasterio, exento de ambición y consagrado exclusivamente al cumplimiento de sus deberes como religioso, cuando la mano de la Providencia, por un acontecimiento al parecer casual, vino á sacarlo de allí, para trasportarlo á las apartadas regiones de América, que le fueron señaladas como teatro donde habian de manifestarse las eminentes cualidades de que su alma estaba dotada.

Las épocas mas brillantes de la historia de los pueblos, reciben su nombre del gefe que durante ellas ejerce el mando supremo,

cuando á su sabiduría es debido que la sociedad se encamine á su engrandecimiento. Esas épocas suelen ser fecundas en personas de elevada capacidad. Si el gobernante sabe aprovechar su cooperación, el acierto con que las escoje es uno de los títulos mas justos de su gloria. Tal fué en España el reinado de Carlos III, y el Señor ALCALDE pertenece al número de los hombres ilustres de aquel tiempo.

Mas ¿por qué medio el monarca fué á descubrir en la oscuridad del convento de Valverde, á este humilde fraile para elevarlo á la dignidad episcopal? La tradición nos trasmite el siguiente hecho, que aunque no admitido enteramente por el ilustrado Señor Don Mariano Otero, es consignado sin reserva por el biógrafo del Señor ALCALDE en el «Diccionario universal de historia y geografía.» Ese hecho es el siguiente, cuya relación tomamos á la letra del Diccionario citado: «Cazando un dia el rey Carlos III en las cercanías de Madrid, quiso descansar un rato en el Convento de Valverde, y sorprendió al prior en su habitación; y al ver el semblante humilde y venerable del religioso, y su ajuar compuesto de una tarima, un cilicio colgado en la pared, algunas imágenes, y una mesa con un tintero, y una calavera, es fama que experimentó el monarca una impresión tan profunda, que pocos dias despues, tratándose de proveer la mitra de Yucatan, que estaba vacante, dijo á su ministro: «NOMBRE U. AL «FRAILE DE LA CALAVERA PRECISAMENTE.»

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que nuestro monje de Valverde al recibir la noticia de su elección, entró en duda sobre lo que debería hacer y se dirigió al ministro general de su orden, pidiéndole consejo. Así se infiere haber pasado, por la respuesta que le dió el prelado, en la que lo exita á someterse á la voluntad divina, que por medio del rey lo llamaba á desempeñar aquel elevado encargo.

Determinóse pues, á aceptar la investidura episcopal: el 18 de Mayo de 1763 se consagró en Cartagena embarcándose en seguida para el Nuevo Mundo. Dejaba, y no debía volver á pisarlo, el suelo de su patria, donde se habia consagrado á Dios, en la oscuridad del claustro, y trocaba desde aquel momento la vida contemplativa y sus hábitos de reposo y de estudio, por los azares

de una carrera pública y el ejercicio de la autoridad. Atravesaba el mar para ir á regiones lejanas y desconocidas, á donde llevaba por objeto el continuar, mediante sus trabajos pastorales, la obra apenas iniciada de la civilización. «Doseientos años antes, dice con grande oportunidad el Señor Otero, un religioso también dominico habia surcado los mismos mares para llevar al Nuevo Mundo, los consuelos y los beneficios del cristianismo: á ALCALDE no tocaba ya, como al inmortal Las Casas, luchar delante del trono con bárbaros conquistadores para economizar la sangre de sus hermanos; mas tenia que suavizar la suerte de generaciones ya esclavizadas, y que oponer á la obra de la barbarie y de la tiranía, los esfuerzos de la ilustración y de la caridad; tarea no menos difícil que llenó en cuanto le era posible.

Avanzada era ya la edad del Señor ALCALDE; pero esta circunstancia no le impidió dedicarse con ardor al desempeño de sus nuevas obligaciones. Dos veces visitó el territorio de su Diócesis, atravesando desiertos y terrenos fragosísimos, penetrando en los lugares mas recónditos, bajo los rigores de un clima abrazador, á pesar del dictámen de los facultativos que le aconsejaban no expusiese su salud y su existencia á los peligros que habian de acarrearle tan grandes fatigas.

Por todas partes llevaba con sus palabras y con su ejemplo la enseñanza de la moral mas pura. Por todas partes derramaba el consuelo en las almas afligidas, y con mano liberal socorria las necesidades de los menesterosos. Seis años solamente permaneció en Yucatan, y en tan corto periodo hizo grandes bienes á aquel Obispado. Reformó algunas iglesias, promovió el culto, estableció á sus expensas algunas camas en el Hospital de San Juan de Dios para sacerdotes enfermos, modificó las Constituciones del Seminario y fundó allí una cátedra de teología moral.

Fueron interrumpidas estas tareas del Señor ALCALDE, por haber sido llamado á ilustrar con su talento y sus virtudes, el cuarto Concilio Mexicano que se celebró en la capital del país, bajo la presidencia del Señor Lorenzana; tuvo en los trabajos de esa reunion de prelados, una parte muy importante, mereciendo los respetos y consideraciones de sus compañeros, por su inteligencia, su saber, y su humilde santidad.

Cerradas las sesiones del Concilio, vino á Guadalajara á cuya Diócesis fué trasladado de orden suprema. Verificóse este cambio en 1771, cuando su edad llegaba á los setenta años. (1)

Si la biografía debe dar una idea exacta de la persona cuya vida se refiere, conveniente será describir los principales rasgos del carácter de nuestro Obispo.

Reconoció siempre su humilde origen. Jamás quiso disfrazarlo, contentándose con tributar á la honradez de sus padres los respetos de su cariño filial. Llegó á la edad de noventa y un años cuatro meses, y ni aun en la última época de su vida, se le advirtió trastorno alguno en sus facultades mentales, ni en su actividad. Constantemente estaba de buen humor: era jovial y hasta festivo en su trato, á pesar de los cuidados de que estaba rodeado, de los muchos trabajos á que se entregaba y de las enfermedades que á veces lo afligian. Conservaba con fidelidad los hechos aun de mas remota data, y los exponia sin omitir ni sus mas pequeñas circunstancias. Sus estudios favoritos eran las Sagradas Escrituras, la teología, y muy particularmente, las obras de Santo Tomás. Sus profundos conocimientos en las ciencias eclesiásticas, le hicieron figurar con ventaja en el cuarto Concilio Mexicano, y tomar una parte muy importante en la formación del catecismo mayor que se dió para la uniformidad de la doctrina cristiana.

Como hombre de verdadero mérito, tuvo malquerientes. Llegaron hasta el trono las imputaciones desfavorables que hacian circular contra él; sus émulos injustos; pero su conducta fué su mas completa vindicación. Carlos III quiso darle un solemne testimonio del alto aprecio en que lo tenia, por su ardiente cari-

(1) En el libro número 12 de actas capitulares, se encuentra la correspondiente al cabildo celebrado el 19 de Agosto de 1771, y á la página 109 se lee lo que sigue: «En el mismo dia y en cabildo presentó el Señor Maestre-escuelas Dr. Don Manuel Colon de Larreátigui, una real cédula fecha 20 de Mayo del mismo año, en que S. M. nombraba obispo de Guadalajara, en la nueva Galicia, al Illmo. y Rmo. Señor Don Fr. Antonio Alcalde, trasladándolo de la silla de Yucatan, que tenia entonces, y que dicho Señor Maestre-escuelas tomó posesion en esa fecha el 19 de Agosto de la administracion de esta Iglesia, en virtud y por encargo y poder especial de S. S. Illma. en virtud de la cédula real ya mencionada en que S. M. ordenaba se dejara esta administracion al nuevo Prelado, mientras recibia las bulas de su institucion.